

La literatura y su legitimidad de dar a conocer el pasado ausente del presente

Cristina Albizu Yeregui

Universität Zürich

Los girasoles ciegos (2004)¹ de Alberto Méndez (1941-2004), volumen “fruto de una tarea de recogida de pequeñas historias”², “pensado durante toda una vida”³, muestra el retrato de la España de la primera posguerra, desde el que se aborda “la derrota de todo un país, la derrota colectiva de quienes vivieron con miedo el silencio de las historias que ocurrieron”⁴: es una obra escrita “con el ruido de la memoria”⁵. El libro forma parte de las representaciones artísticas en torno a lo que en España se ha dado en denominar *la recuperación de la memoria histórica*, movimiento que, especialmente con el comienzo del nuevo milenio⁶, inició un interés por el pasado que generó y sigue susci-

© *Boletín Hispánico Helvético*, volumen 22 (otoño 2013): 193-209.

¹ Méndez, Alberto: *Los girasoles ciegos*. Madrid: Anagrama, 2005, 9ª ed.

² Molero, José Antonio: «Alberto Méndez gana, a título póstumo, el Premio Nacional de Narrativa 2005», *Gibralfaro*, 35 (2005), <http://elistas.egrupos.net/lista/gibralfaro/archivo/indice/141/msg/549/> (consultado 3-VIII-2013).

³ Solano, Francisco: «El rechazo al olvido», *El País* (28-II-2004), http://elpais.com/diario/2004/02/28/babelia/1077929420_850215.html (consultado 3-VIII-2013).

⁴ Garzón, Raquel: «Alberto Méndez recupera la posguerra en *Los girasoles ciegos*», *El País* (20-II-2004), http://elpais.com/diario/2004/02/20/cultura/1077231604_850215.html (consultado 3-VIII-2013).

⁵ *Ibid.*

⁶ Según señalan la mayoría de los historiadores, la ruptura con la política de *desmemoria* o *deber de olvido* comenzó a mediados de los 90, cuando, además de otros agentes —como las asociaciones de la sociedad civil, la historiografía y los medios de comunicación—, en 1996, el PSOE pasó del poder a la oposición (Froidevaux, Alexander: «Recuperación de la memoria histórica: una cultura del recuerdo ‘desde abajo’», en: Altmann, Werner/ Bernecker, Walther L./ Vences, Ursula (eds.): *Debates sobre la memoria histórica en España. Beiträge zu Ge-*

tando en el país un debate polémico y de gran complejidad, no sólo en el ámbito político o en el académico, sino también en los medios de comunicación y en la sociedad en general⁷.

Ciclo de cuentos compuesto por cuatro relatos, *Los girasoles ciegos* se centra en las consecuencias políticas y sociales de la guerra civil: ante la inadaptación a la nueva vida que el régimen impone, se cuenta la historia de cuatro *derrotas*, cuyos protagonistas optan por la muerte frente a la atroz existencia en la que se encuentran atrapados⁸. Preside el libro la cita del poeta y estudioso Carlos Piera que reproducimos a continuación y que es un fragmento de su «Introducción» a la antología poética *En los ojos del día* (2003) de Tomás Segovia. En ella se procede a la configuración de un discurso, que se hará extensivo a lo largo del libro, en el que se requiere “la labor del duelo” como *imperativo*, como única fórmula para “superar” la tragedia que supuso la represión que sobrevino a la guerra civil española:

schichte, Literatur und Didaktik. Berlin: Walter Frey, 2009, pp. 46-47). No obstante, también cabría añadir otros motivos. Como sostiene Huyssen en 2002, la presencia del discursos de la memoria de la víctima, del vencido, del oprimido, ya sea del Holocausto, de las dictaduras, de la esclavitud, de las colonias, etc., es uno de los fenómenos más intensos y globalizados en el paisaje cultural contemporáneo (Huyssen, Andreas: «Medios, políticas y memoria», en: *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*. México: Fondo de Cultura Económica/ Goethe Institut, 2002, pp. 13-40), y España, obviamente, no queda al margen de dicho panorama. A ello habría que añadir que el *boom* de la narrativa que rememora en el espacio ficcional la guerra civil y sus consecuencias en esta explosión memorial generalizada está propiciado a su vez por la industria del libro y los *mass media*, puesto que resultan rentables dado el interés que suscitan (véase, entre otros, Bungard, Ana: «Registros de la imaginación utópica en la ficción memorialista española actual», en: Hansen, Hans Lauge/ Cruz Suárez, Juan Carlos (eds.): *La memoria novelada. Hibridación de géneros y metaficción en la novela española sobre la guerra civil y el franquismo (2000-2010)*, Bern: Peter Lang, 2012, p. 109).

⁷ La polémica, como indican Hansen y Cruz Suárez, se debe principalmente “a la fuerte polarización política que determina los argumentos que fijan las distintas interpretaciones que se realizan de la guerra civil y del régimen franquista” (Hansen, Hans Lauge/ Cruz Suárez, Juan Carlos: «Literatura y memoria cultural en España (2000-2010)», en: *idem* (eds.): *op. cit.*, p. 22). Es innumerable la narrativa existente sobre el tema en todos los ámbitos (historiografía, sociología, filosofía, crítica literaria, ficción, etc.). Sólo en relación a la novela, Moreno-Nuño señala que entre 1996 y 2006 se publicaron 150 obras (Moreno-Nuño, Carmen: *Las huellas de la guerra civil. Mito y trauma en la narrativa de la España democrática*. Madrid: Libertarias, 2006).

⁸ “Yo he querido hacer un canto a la dignidad. El hecho de decir con éstos y así no quiero seguir viviendo es un salto en el vacío que yo he querido reflejar en mi literatura” (Rodríguez, Txani: «Entrevista a Alberto Méndez», *El Correo* (7-X-2004), p. 79). Asimismo, como apunta Ruiz-Vargas, “[l]a represión y la marginación social fue tan despiadada, que muchos republicanos no encontraron a su desesperación otra salida que el suicidio” (Ruiz-Vargas, José María: «Trauma y memoria de la Guerra Civil y de la dictadura franquista», *Hispania Nova*, 6 (2006), pp. 299-336).

Superar exige asumir, no pasar página o echar en el olvido. En el caso de una tragedia requiere, inexcusablemente, la labor del duelo, que es del todo independiente de que haya o no reconciliación y perdón. En España no se ha cumplido con el duelo, que es, entre otras cosas, el reconocimiento público de que algo es trágico y, sobre todo, de que es irreparable. Por el contrario, se festeja una vez y otra, en la relativa normalidad adquirida, la confusión entre el que algo sea ya materia de historia y el que no lo sea aún, y en cierto modo para siempre, de vida y ausencia de vida. El duelo no es ni siquiera cuestión de recuerdo: no corresponde al momento en que uno recuerda a un muerto, un recuerdo que puede ser doloroso o consolador, sino a aquel en que se patentiza su ausencia definitiva. Es hacer nuestra la existencia de un vacío.

De acuerdo con lo que apunta Idelber Avelar, “llevar a cabo el trabajo de duelo presupone, sin duda, la elaboración de un relato sobre el pasado”⁹, no pasar página o echar en el olvido. No obstante, como se señala en la cita de Piera, ésta no atiende sólo a *recordar*, en el sentido de poner en escena un hecho acaecido, sino que entraña una mirada específica sobre el pasado: la construcción del presente desde un pasado ausente del presente (aquel pasado derrotado, que “fue y es sido, es decir, ya no es”)¹⁰. La labor del duelo lleva implícito, por lo tanto, un ejercicio de *memoria*, entendida ésta como la concepción benjaminiana de *remembranza*, *recordación* o *memorial*, elaborada por el pensador alemán en sus *Tesis sobre el concepto de historia*¹¹. Walter Benjamin aborda en ellas una profunda crítica a la idea *historicista* que postula que el sufrimiento del hombre es un precio pasajero y excepcional para un bien mayor. Asimismo polemiza con esa modalidad de la historia, que se atiene a los hechos como *realmente han sido*, cuestionando el conocimiento *científico* que proporciona sobre el pasado, en tanto en cuanto no puede

⁹ Avelar, Idelber: *Alegorías de la derrota: la ficción postdictatorial y el trabajo del duelo*. Santiago de Chile: Cuarto propio, 2000, p. 282.

¹⁰ Hay un pasado que está presente en el presente (el pasado vencedor, que sobrevive al tiempo, ya que el presente se considera su heredero) y otro que está ausente del presente (el pasado vencido, que fue y es sido, es decir, ya no es). Mate Rupérez, Manuel-Reyes: *Medianoche en la historia. Comentarios a las tesis de Walter Benjamin 'Sobre el concepto de historia'*. Madrid: Trotta, 2006, pp. 121-122.

¹¹ Como señala Mate Rupérez, Walter Benjamin, para dar a entender que su concepto de memoria es distinto al utilizado hasta entonces, emplea el término *Eingedenken* en lugar de *Erinnerung* o *Gedächtnis*, cuya traducción más cercana al español sería ‘remembranza’, ‘recordación’ o ‘memorial’ (Mate Rupérez, Manuel Reyes: «Memoria y justicia», en: *Tratado de la injusticia*. Barcelona: Anthropos, 2011, p. 185).

existir dicho conocimiento respecto a lo que *no es*, pues quedó abandonado¹². Por ello construye una alternativa a este modelo (historicista), proponiendo otro antagónico —que denominará *materialismo histórico*—, el cual se acerca al pasado desde su significación aquí y ahora. Elabora, de esta suerte, una teoría de la memoria (esfera de naturaleza *colectiva*¹³), que proporciona un conocimiento hermenéutico desde la óptica de los derrotados, que permite dar sentido a lo que la cultura dominante, fundamentalmente amnésica, ha privado de sentido. A través de la memoria se llega a comprender sobre qué bases está construido el presente: la afirmación de una injusticia cometida —una historia sembrada de víctimas, decisiones violentas, olvidos imperdonables...—, lo que conlleva entender que no se puede pensar una política con exclusiones, y exigir, al patentizar la ausencia, “el reconocimiento público” de esa injusticia para que la justicia sea posible¹⁴.

Asimismo, la labor del duelo es, además, según se afirma en el cierre del prólogo, “hacer nuestra la existencia de un vacío”: aserción que remite a un *nosotros inclusivo*¹⁵, que funde al enunciador y enunciatario en una única figura como forma de garantizar la adhesión de éste al contenido del discurso de aquél, a saber, a incorporarse a *la labor del duelo* que lleva implícito el *deber de memoria*, exigencia que el propio Alberto Méndez puntualiza aún existe¹⁶.

A través de un trabajo de memoria, como la forma más fecunda de duelo, se hace pública en *Los girasoles ciegos* la presencia de la ausencia de los derrotados de la guerra civil y el franquismo, donde los cuatro relatos que integran el libro se convierten en expresión de un compromiso moral, no episté-

¹² Mate Rupérez (2006), *op. cit.*, p. 122.

¹³ Maurice Halbwachs introduce el primer cambio fundamental en la acepción de memoria, puesto que con él ésta deja de ser una categoría individual para convertirse en una categoría social y, por tanto, colectiva. En su libro, *La memoria colectiva*, afirma que la memoria sólo es capaz de recordar porque pertenece a uno o más grupos, cuyas experiencias modelan la memoria de cada uno de los individuos que los forman, y porque sus recuerdos se estructuran dentro de unos marcos temporales y espaciales específicos. Asimismo, Halbwachs concede gran importancia a la memoria colectiva: frente a la historia, que “sólo nos representaría el pasado de forma resumida y esquemática [...], epitafio de los hechos pasados, tan corto, general y pobre de sentido como la mayoría de las inscripciones que leemos en las tumbas”, la memoria colectiva —o, mejor dicho, la multiplicidad de ellas— “desea perpetuar los sentimientos, las imágenes que forman la sustancia del pasado” (Halbwachs, Maurice: *La memoria colectiva*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza, 2004, *passim*).

¹⁴ Véase al respecto, Mate Rupérez (2011), *op. cit.*, pp. 165-245.

¹⁵ Benveniste, Emile: «Estructura de las relaciones de persona en el verbo», en: *Problemas de lingüística general*. México: Siglo XXI, 1986.

¹⁶ Garzón (2004), *op. cit.*

mico, para dar un nuevo sentido al presente en el que se publica el volumen: un comienzo de siglo y de milenio que pone a prueba los discursos operativos durante la transición¹⁷, período en el que de forma consciente se pasó página y se echó el pasado al olvido. Un nuevo panorama que el volumen, en diálogo con el resto de los ámbitos de la sociedad, refuerza, invitando asimismo a su destinatario a reflexionar desde su presente sobre ese pasado¹⁸.

Los girasoles ciegos es un libro marcadamente autorreferencial dada la intensa interacción en él entre los niveles del enunciado y de la enunciación, así como entre los planos del contenido y de la expresión. Por ejemplo, ese “hacer nuestra la existencia de un vacío” halla su representación tanto en la dedicatoria de la obra (“A Lucas Portilla (in memoriam)/ A Chema y Juan Portilla, que conocen la ausencia”), como en el cierre de la misma, donde, a modo de colofón, Ricardo Mazo, protagonista del último cuento, que “estaba pero no ocupaba lugar en el espacio” (p. 142), se arroja al vacío, llenándolo. Pero también, y sobre todo, es una obra singularmente metaliteraria, en la que cada uno de los cuatro cuentos que componen el volumen, así como el libro en su conjunto, presentan variadas reflexiones respecto al quehacer literario¹⁹, hecho que queda manifiesto en las palabras de Méndez al declarar que la obra es un acopio de “historias para hacer literatura”²⁰. Entre otras meditaciones, implícito al deber de memoria que se exige en la introducción, el texto razona precisamente sobre la capacidad y legitimidad de la literatura de traspasar desde la ficción la distancia existente entre el presente

¹⁷ Hansen, Hans Lauge / Cruz Suárez, Juan Carlos (2012), *op. cit.*, p. 21.

¹⁸ Faber señala que gran parte de las novelas sobre el pasado trágico español escritas a partir del nuevo milenio consolidan una transformación de la sociedad española en general en su postura ante el pasado, puesto que se ha producido un acercamiento a través de un vínculo afiliativo (un compromiso asumido voluntariamente) además de la relación filiativa ya existente (apego de un individuo al grupo o a la comunidad de quien se considera miembro, pero no por elección). Faber, Sebastiaan: «La literatura como acto afiliativo: la nueva novela de la Guerra Civil (2000-2007)», en: Álvarez-Blanco, Palmar/Toni Dorca, Toni (eds.): *Contornos de la narrativa española actual (2000-2010)*, Madrid/ Frankfurt a.M.: Iberoamericana/ Vervuert, 2011, p. 103. (pp. 101-110)

¹⁹ Por ejemplo, «Segunda derrota: 1940 o Manuscrito encontrado en el olvido», segundo relato del volumen, ofrece la posibilidad de leer el texto de un modo figurativo, en el que se tematiza el proceso de creación de una obra literaria, donde, entre otras metáforas, el aislamiento y la soledad se convierten en ese solitario espacio creador que constituye el texto. Para una interpretación poetológica de este texto, véase Albizu Yeregui, Cristina: «“Segunda derrota: 1940 o Manuscrito encontrado en el olvido”: un ejemplo de la dimensión autorreferencial de los *Girasoles ciegos* de Alberto Méndez», *Revista de Filología Románica (LICM)*, en prensa.

²⁰ Rodríguez (2005), *op. cit.*

y el pasado ausente del presente, a través de la cual se brinda un conocimiento que no está mediado por la exactitud de lo sucedido (“[a]rticular históricamente lo pasado no significa ‘conocerlo como verdaderamente ha sido’ dirá Walter Benjamin²¹). Al contrario, se da cuenta de una *verdad* que, por decirlo en palabras de Güntert, “es el efecto de un arte *persuasivo*, capaz de provocar en el ánimo del lector una [...] vivencia de la lectura, que cuaja en una *verdad creída* [...], que comunica por medio del lenguaje vívidas impresiones, sentimientos, pasión”²². Para observar esta consideración voy a centrarme a continuación en la construcción de la historia de Carlos Alegría, protagonista del cuento inaugural y personaje del tercer relato, puesto que en ella queda claramente plasmada la tensión dialéctica que existe entre los dos conceptos disímiles de conocimiento o *verdad* señalados.

El narrador de la «Primera derrota; 1939 o Si el corazón pensara dejaría de latir», adoptando el plural de modestia como forma de manifestación, cuenta la historia desde su presente inmediato: “Ahora sabemos” (p. 13) son las palabras con las que inicia el relato, adverbio que repite a lo largo de la narración. Alegría, capitán del ejército sublevado, horas antes de terminar la guerra, cruza el campo de batalla y se dirige a la trinchera del enemigo, no para unirse a él, sino para rendirse. Tras abandonar la hueste que va a ganar la contienda, alegando no querer formar parte de la victoria militar, pues ésta no ha sido más que un ejercicio de usura, es hecho prisionero y más tarde abandonado a su suerte después de que sus apresadores, ya vencidos, huyan del bando victorioso. Termina siendo prisionero de quien rehuyó, resultado que lo lleva a ser acusado de traidor —a pesar de su insistencia en negar esta condición— y condenado a muerte. La diégesis no termina con el fusilamiento de Alegría, ya que el protagonista no muere y comienza, malherido, un peregrinaje de vuelta hacia su pueblo para morir entre los suyos, destino al que no llegará nunca, pues la narración se cierra con su entrega a aquellos de los que había huido. El tercer cuento retoma la historia de Alegría, otra vez en condición de prisionero, en el más absoluto silencio y soledad, donde se relata su segunda muerte, “la real [...], cuando se levantó la tapa de la vida con un fusil arrebatado a sus guardianes” (p.

²¹ Benjamin, Walter: *Sobre el concepto de historia* («Tesis VI»), en: Mate Rupérez, Manuel-Reyes: *Medianoche en la historia. Comentarios a las tesis de Walter Benjamin “Sobre el concepto de historia”*. Madrid: Trota, 2006, p. 113.

²² Güntert, Georges: «El Quijote y la verdad de la literatura», en: *Cervantes: Narrador de un mundo desintegrado*. Vigo: Academia del Hispanismo, 2007, pp. 103-117.

35). Se dispara “para romper aquel silencio” que, como se señala en el texto, “es un espacio, una oquedad [... que] no se termina, [sino] se rompe” (p. 77), y así “no deberle nada a nadie” (p. 89) y “pagar su deuda” (p. 90) —otra autorrepresentación de hacerse notoria la ausencia.

Ambos cuentos —al igual que los otros dos que componen el volumen— se concretan en la creación de una construcción ficcional de índole realista muy próxima al mundo real efectivo, lo que no quiere decir que se confunda con él. Porque desde el sujeto de enunciación se pone continuamente en duda la objetividad del referente histórico, puesto que son copiosas las ocasiones en las que, a lo largo del texto, la exactitud en la representación de la realidad queda en entredicho. El narrador de la «Primera derrota [...]», omnipresente pero no omnisciente, se erige como uno de los elementos centrales de su relato. Es él quien asume la responsabilidad narrativa, dirime juicios y establece la certeza de las acciones. Para ello emplea, al referirse a sí mismo, el plural de modestia propio del discurso científico y se presenta como un compilador que nada ha inventado y que, bien documentado, procede a reconstruir la historia que ofrece, basándola en diversas fuentes escritas (cartas, notas e informes oficiales), así como en testimonios transmitidos de forma oral, entre los que hay que incluir al propio Carlos Alegría (“[a]sí lo contó y así lo reflejamos”, p. 33).

Tanto en las cartas y notas escritas por el protagonista, como en el acta de juicio donde se le condena a muerte, esto es, en las diversas fuentes escritas a las que el narrador hace referencia, se emplean las comillas y la letra cursiva en un uso científico de las mismas que, comúnmente, al expresar el deseo de separar el discurso propio de aquel que se marca tipográficamente, obligan al lector a presuponer, además, que la labor de transcripción del discurso ajeno ha sido realizada con fidelidad:

«Aunque todas las guerras se pagan con los muertos [...]», concluía en una carta que escribió a su novia Inés [...] (pp. 13-14); «[l]a violencia y el dolor, la rabia y la debilidad [...]», escribió Alegría a su profesor de Derecho Natural [...] (p. 14); el acta reza así: «Preguntado por la fecha en que decide [...]» (p. 26); [l]a tercera carta la dirigió al Generalísimo Franco, Caudillo de España. Sabemos de esta última porque se refiere a ella en la que escribió a Inés. «Le he escrito no para implorar su perdón [...]» (p. 29); [d]ebió de ser entonces cuando nació la reflexión que recogió en unas notas encontradas en su bolsillo el día de su segunda muerte [...] «¿Son estos soldados que veo lánguidos y hastiados los que han ganado la guerra? [...]» (p. 36); etc.

De este modo, las cartas y los documentos oficiales *no manipulados* excluirían, en principio, la mentira, haciendo creíble el relato, influyendo así sobre la veridicción de lo narrado, al tiempo que se enfatiza el acto de escritura que enmarca la narración.

Entre otras estrategias de manipulación que parecerían estar tratando de reforzar el pacto de veridicción con el lector, cabe destacar —por su inicial efecto sobre la verosimilitud de cuanto se lee— la insistencia del narrador sobre *su saber*: de hecho, este verbo ocurre trece veces en un texto en el que también se dan aquellas expresiones que el discurso científico suele emplear para afianzar su credibilidad (“podemos afirmar”, “nos consta”, “la verdad es que”). Sirvan de ejemplo los siguientes fragmentos:

Ahora *sabemos* que el capitán Alegría eligió su propia muerte a ciegas, sin mirar el rostro furibundo del futuro que aguarda a las vidas trazadas al contrario [...] Durante dos o tres noches, *nos consta*, el capitán Alegría estuvo definiendo este momento. Es probable que se negara a decir «*me rindo*» porque esa frase respondería a algo congelado en un instante cuando *la verdad* es que él se había ido rindiendo poco a poco (p. 13).

Sabiendo ahora lo que sabemos de Carlos Alegría, *podemos afirmar* que durante el tránsito entre las dos trincheras sólo escuché el alboroto de su pánico (p. 14).

Gracias a él *sabemos* que el prisionero trató de ayudarlo a contener la hemorragia de su herida (p. 18).

Nos consta que se unió al ejército sublevado en 1936 porque así defendía lo que había sido siempre suyo (p. 21).²³

Se exhibe, por tanto, durante gran parte del relato, un conocimiento amplio y seguro de los acontecimientos, incluyéndose a menudo, para reforzar su solidez, las fechas y horas en las que sucedieron: “Eran casi las tres de la mañana” (p. 17); “a las diez de la mañana —pudo comprobarlo en el Roskof que fuera de su abuelo— todo se había disuelto” (p. 22); “en otra carta que escribe a su novia Inés, que llegó sólo tres meses más tarde por razones incomprensibles” (p. 25); “[p]ero el día ocho fue cuando, por fin [...]” (p. 26); “[n]ueve días estuvo esperando su turno” (p. 29); etc.

²³ La cursiva de las citas es mía.

Sin embargo, contradiciendo ostensiblemente la exactitud que debería ser propia del discurso científico asumido por el narrador, algunos de los datos históricos más conocidos que nos señala no son correctos y, concretamente, aquel que se nos ofrece como “el documento más real que tenemos de lo realmente ocurrido, la única verdad que refrenda nuestra historia” (p. 26) está erróneamente fechado:

El acta del juicio sumarísimo [...] reza así: [...] *‘Preguntado por las razones que le movieron a tal acto de traición a la Patria contesta: que lo hizo porque los tenientes coroneles Tella y Barrón tomaron en noviembre de 1937 las poblaciones de Villaverde y ambos Carabancheles de Madrid [...] [Q]ue lo hizo también porque el General Varela ordena a Asensio sobrepasar con sus tanques el río Manzanares, cosa que consigue el día 15 de noviembre de 1937 [...] (pp. 26-27).*

Aunque los hechos descritos se ajustan a los acontecidos en la historia, es sabido que tuvieron lugar en 1936 y no en 1937. Tampoco es correcta la fecha en la que el narrador señala que “—El Comité de Defensa de Madrid” (p. 17) o “— [...] Segismundo Casado va[n] a rendirse” (p. 18). En el texto, el capitán Alegría, “[p]reguntado por la fecha en que decide pasarse a las líneas enemigas traicionando al Glorioso Ejército Nacional, contesta: la madrugada del día uno de abril del presente año de la Victoria” (p. 26). Pues bien, ese mismo día (primero de abril) Alegría asegurará en dos ocasiones que el Comité de Defensa de Madrid y Casado van a rendirse “mañana o pasado” (pp. 17 y 18), cuando lo cierto es que históricamente ocurrió a finales de marzo²⁴.

Asimismo, al llegar al tercer cuento del volumen, la historia de Alegría, si bien ocupa en esta ocasión poco más de tres páginas (pp. 87-90), es *grosso modo* la misma que aquella narrada en la primera ocasión. No obstante, existe una diferencia esencial en la percepción del capitán por parte de los narradores de ambos cuentos. El del tercer relato, paradójicamente, a pesar de ofrecer una focalización interna sobre este personaje (“«Defiende lo que te pertenece», pensó”, p. 87), omite su condición de rendido y lo tacha de *desertor* (“[h]oras antes de que el coronel Casado depusiera las armas ante el ejército insurgente, desertó”, p. 88), condición que el primer relato reitera no poseer:

²⁴ Tuñón de Lara, Manuel (dir.): *Historia de España*. Barcelona: Labor, 1982-1992, vol. IX.

«¡Soy un rendido!» [...] «Soy un rendido» [...] Soy un rendido [...] —Es un desertor —dijo uno de los soldados. —Soy un rendido — corrigió Alegría (pp. 13, 16 y 18);

Su decisión no fue la de unirse al enemigo sino rendirse, entregarse prisionero. Un desertor es un enemigo que ha dejado de serlo, un rendido es un enemigo derrotado, pero sigue siendo un enemigo. Alegría insistió varias veces sobre ello cuando fue acusado de traición (p. 15).

Del mismo modo, mientras en el primer cuento “una anciana resoluta decidió darle el agua que pedía y limpiarle la cara con su refajo” (p. 32), y “le trataron la herida con inútiles ungüentos, le abrigaron con una manta y le proporcionaron agua y un poco de alimento” (p. 33), en el tercero se indica que

[t]rató de buscar ayuda, pero todos los que veían a aquel hombre ensangrentado, con una enorme herida en la cabeza, cerraban sus puertas con las fallebas del pánico. Nadie le socorrió, nadie le prestó una camisa para ocultar la sangre que coagulaba la suya, nadie le alimentó ni nadie le dijo cuál era el camino para regresar a la casa de sus padres (pp. 88-89).

Se advierten, por lo tanto, inexactitudes ante un lector informado²⁵ así como “**puntos de vista diferentes a la hora de ver las cosas**” (pp. 117-118), poniendo, de este modo, en tela de juicio la pretendida exactitud de lo narrado. A ello se suma la siguiente afirmación: “Los documentos que fueron generando los guardianes del laberinto y las pocas cartas que escribió [Alegría] son los únicos hechos ciertos, lo demás es la verdad” (pp. 24-25). Tanto en este enunciado como en el arriba citado —que alude al acta del juicio sumarísimo—, “el documento más real que tenemos de lo realmente ocurrido, la única verdad que

²⁵ Del mismo modo que en el primer cuento, la historia relatada en el tercero no coincide exactamente con la realidad extratextual: “Cruz Salido había sido redactor jefe de *El Socialista* al final de la guerra” (p. 82), pero fue apresado en Burdeos por la GESTAPO y no en Génova por unos camisas negras (p. 82); en el trance antes de su muerte fue acompañado por Cipriano Rivas Cherif (cuñado de Azaña) y no por Juan Senra; y fue fusilado junto a otros catorce republicanos más la madrugada del nueve de noviembre de 1940 y no en 1941 como indica el título del cuento (véase Montiel Rayo, Francisca: «Cartas para la vida, cartas para la historia: Peticiones de ayuda para presos republicanos en las cárceles franquistas», en: Sobrequés, Jaume/ Molinero, Carme/ Sala, Merçé (eds.): *Congreso Internacional «Los campos de concentración y el mundo penitenciario en España durante la guerra civil y el franquismo»*. Barcelona: Editorial Crítica/ Museu d’Història de Catalunya, 2003, pp. 773-782.

refrenda nuestra historia”, prevalece un discurso en el que queda en entredicho la *verdad* basada en los conceptos de *certeza* y *realidad*, que se asienta en una investigación histórica de las representaciones objetivas. Porque la intención del texto no es otra que avisar al lector de las limitaciones de todo conocimiento basado en un ejercicio de la Historia que sólo se guía en función de los datos empíricos compilados, pues no convence²⁶. Otro ejemplo en el que cristaliza este discurso es el siguiente fragmento:

El coronel Luzón —no constan más datos en su filiación— se negó a entregar las estrellas de su grado porque las había conseguido merecidamente en el campo de batalla, y un pistoletazo le arrancó de cuajo el rango, las estrellas y la vida. *Intento de fuga*, reza escuetamente el registro de su muerte. (pp. 25-26)

Por ello, el narrador de la primera derrota señala que “[d]e no haber temido que nuestra narración fuera malinterpretada, nos habríamos limitado a transcribir el acta del juicio donde se condenó a Carlos Alegría a morir fusilado por traidor y criminal de lesa patria” (p. 26): el documento más real de lo real-

²⁶ El enunciado del siguiente fragmento del tercer cuento refleja asimismo las carencias a las que un interlocutor está sujeto al interponerse entre él y lo que observa una pared o una puerta entreabierta, esto es, objetos que suponen una barrera al acceso libre de la información: “El sargento y los soldados estaban esperando una orden de su superior jerárquico que al final llegó con un gesto impreciso y blando. [...] Pero el gesto impreciso se trazó, esta vez con mayor amplitud, en el aire y con un a sus órdenes, mi coronel [el sargento] salió de la habitación seguido por los dos soldados. No cerraron la puerta y permanecieron lo suficientemente lejos para no oír pero lo suficientemente cerca para ver qué ocurría en aquel cuarto. Y lo que vieron es que el coronel y su esposa permanecieron sentados frente a Juan Senra, que, quieto, esperaba una explicación de lo que estaba ocurriendo. [...] El sargento Edelmiro no pudo oír [...] las historias que urdió Juan Senra [...] Tampoco pudo intuir [...] Sólo vio cómo ella se acercaba al preso Senra [...] Y vio también, con gran sorpresa, cómo ella le tomaba por el brazo y maternalmente le obligaba a sentarse junto al atónito coronel en el poyete que, por quedar a la derecha de la puerta, el sargento Edelmiro sólo lograba ver parcialmente. Uno de los soldados pidió permiso para liar un cigarro y los tres testigos se desentendieron de lo que estaba ocurriendo sin atreverse a cuestionar el comportamiento de un superior jerárquico” (pp. 91-93). El conocimiento de sólo una parte de la realidad, la cual además resulta distorsionada, revela la retórica demagógica de una situación comunicativa en el que el carácter plural de dicha realidad queda reducido, por imposición, a una sola faceta de la misma. Pero obsérvese que, al mismo tiempo, el fragmento citado muestra la conducta de los interlocutores ante dicha situación, que se desentienden de lo que está ocurriendo “sin atreverse a cuestionar el comportamiento de su superior jerárquico” (p. 93). Lo expuesto insta al receptor a mantener una posición crítica acerca de las referencias a objetos y hechos que se le dan a conocer.

mente ocurrido lleva a la necesidad de contar una verdad ‘otra’ en la que se insiste en su condición de rendido. Y, diferenciándola claramente del concepto de verdad *objetiva*, el texto presenta otra noción de verdad que incluye dimensiones *subjetivas*: aquella que “probablemente tuvo bastante que ver con lo que estamos contando” (p. 26). Ante ella nos encontramos con que la certeza desaparece cuando el narrador trata de comunicar las impresiones y sentimientos de Carlos Alegría, a pesar de que “[p]resuponer lo que piensa el protagonista de nuestra historia es sólo una forma de explicar los hechos de que *nos consta* que ocurrieron” (p. 20)²⁷:

Aquel patio *debió de parecerle* un claustro desdicho por una actividad febril y un ajeteo impropio del lugar (p. 19).

Presuponer lo que piensa el protagonista de nuestra historia es sólo una forma de explicar los hechos que nos consta que ocurrieron (p. 20).

Si tuviéramos que imaginar en qué se convirtió la vida para el capitán Alegría, *deberíamos de hablar* de un torbellino de aceite (p. 29).

Todos los pensamientos y con ellos la memoria *debieron de quedar* sepultados bajo la fiebre, bajo el hambre, bajo el asco que sentía de sí mismo [...] (p. 36).²⁸

A diferencia de la verdad objetiva arriba expuesta, esta constatación del narrador, así como el saber que prodiga a lo largo de su relato, son fruto de testimonios orales —es decir, de lo no escrito— que constituyen básicamente el contenido de la memoria y que la historiografía tradicional no valida por considerarlos subjetivos²⁹: “Sabemos por familiares suyos” (p. 20),

²⁷ La cursiva de la cita es mía. Adviértase el carácter hipotético de ‘presuponer’: “Suponer la existencia o la realidad de algo como base para desarrollar un argumento o para actuar de cierta manera” (Moliner, María: *Diccionario de uso del español*. Madrid: Gredos, 2004, vol. II).

²⁸ La cursiva de las citas es mía. Asimismo la perífrasis verbal ‘deber de + infinitivo’ significa “probabilidad”: “El hablante expresa una duda porque, aunque ciertos hechos obligan a que algo sea (ocurra) de una manera determinada, estos no son del todo fiables” (Bosque, Ignacio/ Demonte, Violeta (dirs.): *Real Academia Española. Gramática descriptiva de la Lengua Española*. Madrid: Espasa-Calpe, 1999, vol. II, § 51.3.1.2).

²⁹ Hoy día, la mayoría de los estudiosos reconocen que la historiografía y la memoria pueden y deben trabajar en conjunto y complementarse. Véase, por ejemplo, Traverso, Enzo: «Historia y memoria. Notas sobre un debate», en: Franco, Marina/ Levín, Florencia (comps.): *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*. Buenos Aires: Paidós, 2007, pp. 67-96. No obstante, en España aún existe —entre algunos estudiosos— una fuerte controversia centrada en si la memoria puede ofrecer conocimiento alguno a la

“sabemos por los comentarios a sus compañeros” (p. 16), “Inés Hoyuelos [...] ha contribuido generosamente a que podamos reconstruir esta historia” (p. 21), etc.

Del mismo modo, si bien algunos de los pensamientos del protagonista se reflejan en citas extraídas de sus cartas, gran parte de sus reflexiones derivan también de confidencias, conversaciones y testimonios orales. Estas cavilaciones, no olvidemos, han sido excluidas, junto a las presunciones del narrador, de “los únicos hechos ciertos” y, sin embargo, han sido consideradas “la verdad”:

A partir de este documento [el acta del juicio sumarísimo] todos los hechos que relatamos se confunden en una amalgama de informaciones dispersas, de hechos a veces contrastados y a veces fruto de memorias neblinosas contadas por testigos que prefirieron olvidar. Hemos dado crédito sin embargo a vagos recuerdos sobre frases susurradas durante ensueños angustiosos que también tienen cabida en el horror de la verdad, aunque no sean ciertos (p. 28).

El cuento inaugural del libro no oculta en ningún momento su naturaleza ficticia —todo lo contrario— y, si bien en él no se niega la verdad histórica, al poner en duda —irónicamente— su exactitud, altera la consideración del modelo historiográfico tradicional como el instrumento privilegiado para conocer el pasado, ya que sólo tiene en cuenta los hechos efectivos y es incapaz de reflejar la interioridad del individuo. Por el contrario, el texto defiende la literatura en tanto que espacio propicio para dar cabida desde su presente a un pasado nuevo, solventando así el peligro que advertía Benjamin de no poder dar vida a un pasado ausente del presente³⁰. Un pasado que se erige a partir

historia. Se dan voces reticentes en establecer cualquier relación entre ambas, al considerar que la memoria —a la que consideran tendencia social de carácter sentimental— busca la exaltación de valores basados en la preeminencia del subjetivismo en detrimento de una comprensión objetiva de la realidad. Respecto al debate en España sobre la relación entre memoria e historia, véase Pérez Garzón, Juan Sisinio/ Manzano Moreno, Eduardo: *Debates científicos: memoria histórica*. Madrid: CSIC, 2010, pp. 71-149. Véase también la revista *Hispania Nova*, 6/7 (2006/2007), <http://hispanianova.rediris.es> (consultado 3-VIII-2013).

³⁰ En su «Tesis VI», Benjamin, además de señalar que articular lo pasado no solo no significa “conocerlo como verdaderamente ha sido”, este consiste “más bien, en adueñarse de un recuerdo tal y como brilla en el instante de un peligro. Al materialismo histórico le incumbe fijar una imagen del pasado, imagen que se presenta sin avisar al sujeto histórico en el instante del peligro. El peligro amenaza tanto a la existencia de la tradición como a quienes la reciben. Para ella y para ellos el peligro es el mismo: prestarse a ser instrumento de la clase dominante. En cada época hay que

de un ejercicio de memoria, entendida como vehículo de conocimiento en el que tiene cabida el testimonio y en la que, al igual que en la literatura, se “singulariza la historia, en la medida en que ella es profundamente subjetiva, selectiva, frecuentemente irrespetuosa de las distinciones cronológicas, indiferente a las reconstrucciones de conjunto, a las racionalizaciones globales”³¹. Y será este primer personaje del volumen, este Carlos Alegría quien, además, se autodescribe como “mónada”, inaugure el modelo monádico propuesto por Benjamin —que es el principio constructivo del materialismo histórico—, donde “se hace vivo todo lo que yacía inerte”³²:

Propio del pensar es no sólo el movimiento de las ideas, sino también su suspensión. Cuando el pensamiento se detiene de repente en una constelación saturada de tensiones, provoca aquél en ésta una sacudida en virtud de la cual la constelación cristaliza en mónada. El materialista histórico se acerca a un objeto histórico sólo y únicamente cuando éste se le enfrenta como una mónada. En esa estructura él reconoce el signo [...] de una oportunidad revolucionaria en la lucha por el pasado oprimido. El materialista capta esa oportunidad con el fin de hacer saltar una determinada época del curso homogéneo de la historia; una determinada vida, de una época; y una determinada obra, de entre toda la actividad laboral de una vida [...]»³³.

La narración ficcionalizada del capitán Alegría, apropiándose de la función del materialista histórico benjaminiano, ofrece, en un ejercicio de memoria, lo que la historia no es capaz: una *verdad*, a través de la cual, por encima del discurso pseudohistórico donde “nada de lo que se cuenta es cierto” (contraportada), aboga por provocar, a través de un hacer persuasivo, auténticas impresiones, como el sufrimiento, el miedo, la soledad, el ham-

esforzarse por arrancar de nuevo la tradición al conformismo que pretende avasallarla [...] El don de encender en lo pasado la chispa de la esperanza sólo le es dado al historiador perfectamente convencido de que ni siquiera los muertos estarán seguros si el enemigo vence. Y ese enemigo no ha cesado de vencer” (Benjamin (2006), op. cit., p. 113).

³¹ Traverso (2007), *op. cit.*, pp. 74-75. Para ilustrar la diferencia entre historia y memoria retomo, resumido, un ejemplo de Traverso, en el que queda plasmado de un modo sencillo y representativo dicha disimilitud. El historiador, ante unas fotos conservadas de Auschwitz, puede descifrarlas, analizarlas y explicarlas; sabe, por ejemplo, que son judíos los que descienden del tren, que el SS que los observa participará en una selección y que a la mayoría le quedan pocas horas de vida. Al testigo, sin embargo, esa foto le dirá mucho más; le recordará además sensaciones, emociones, olores, etc., esto es, evocaciones inaccesibles al historiador (*Ibid.*, p. 75).

³² Mate Rupérez (2006), *op. cit.*, p. 269.

³³ Benjamin (2006), *op. cit.*, «Tesis XVII», p. 261.

bre, la melancolía, etc., imperantes en una época tan aciaga de la historia de España, logrando que el lector asuma el enunciado como propio y sienta que “[t]odo lo que se narra [...] es verdad” (contraportada), o, como diría Alberto Méndez, “sin que [...] import[en] tanto las historias como su olor o su calor”³⁴. Que, en su presente, reflexione acerca de aquel pasado y haga suya la existencia de ese vacío³⁵.

Y es que,

en la literatura ya no se sostiene la vieja dicotomía entre historia y ficción; no en el sentido de que no exista una diferencia, sino por el contrario, en el sentido de que la ficción histórica nos puede brindar un sustento en el mundo, en lo real, por más ficcional que termine siendo.³⁶

BIBLIOGRAFÍA

- AA. VV., en: *Hispania Nova*, 6/7 (2006/2007), <http://hispanianova.rediris.es> (consultado 3-VIII-2013).
- Albizu Yeregui, Cristina: «"Segunda derrota: 1940 o Manuscrito encontrado en el olvido: un ejemplo de la dimensión autorreferencial de los *Girasoles ciegos* de Alberto Méndez"», *Revista de Filología Románica (UCM)*, en prensa.
- Avelar, Idelber: *Alegorías de la derrota: la ficción postdictatorial y el trabajo del duelo*. Santiago de Chile: Cuarto propio, 2000.
- Benveniste, Emile: «Estructura de las relaciones de persona en el verbo», en: *Problemas de lingüística general*. México: Siglo XXI, 1986.
- Benjamin, Walter: *Sobre el concepto de historia* («Tesis VI»), en: Mate Rupérez, Manuel-Reyes: *Medianoche en la historia. Comentarios a las tesis de Walter Benjamin "Sobre el concepto de historia"*. Madrid: Trotta, 2006, p. 113.

³⁴ Palabras de Alberto Méndez el día que presentó el libro (Molero (2005)), *op. cit.*

³⁵ Se produce un cambio respecto a la narrativa anterior al nuevo milenio, en la que, como señala Resina, el corpus literario de la guerra civil y el franquismo era más un ejercicio testimonial que un acercamiento crítico (Resina, Joan Ramon: «Short of Memory: The Reclamation of the Past since the Spanish Transition to Democracy», en: *Disremembering the Dictatorship: The Politics of Memory in the Spanish Transition to Democracy*. Amsterdam/ Atlanta: Rodopi, 2000, p. 104). En la misma dirección, Bungard indica que la ficción que trataba el tema carecía de fuerza para interpelar al lector y generar conocimientos contrahegemónicos (Bungard (2012), *op. cit.*, p. 112).

³⁶ Huyssen (2002), *op. cit.*, p. 277.

- Bosque, Ignacio/ Demonte, Violeta (dirs.): *Real Academia Española. Gramática descriptiva de la Lengua Española*. Madrid: Espasa-Calpe, 1999, vol. II, § 51.3.1.2.
- Bungard, Ana: «Registros de la imaginación utópica en la ficción memorialista española actual», en: Hansen, Hans Lauge/ Cruz Suárez, Juan Carlos (eds.): *La memoria novelada. Hibridación de géneros y metaficción en la novela española sobre la guerra civil y el franquismo (2000-2010)*. Bern: Peter Lang, 2012, pp. 107-123.
- Froidevaux, Alexander: «Recuperación de la memoria histórica: una cultura del recuerdo 'desde abajo'», en: Altmann, Werner/ Bernecker, Walther L./ Vences, Ursula (eds.): *Debates sobre la memoria histórica en España. Beiträge zu Geschichte, Literatur und Didaktik*. Berlin, Walter Frey, 2009, pp. 41-70.
- Faber, Sebastiaan: «La literatura como acto afiliativo: la nueva novela de la Guerra Civil (2000-2007)», en: Álvarez-Blanco, Palmar/ Dorca, Toni (eds.): *Contornos de la narrativa española actual (2000-2010)*. Madrid/ Frankfurt: Iberoamericana/ Vervuert, 2011, pp. 101-110.
- Güntert, Georges: «El Quijote y la verdad de la literatura», en: *Cervantes: Narrador de un mundo desintegrado*. Vigo: Academia del Hispánico, 2007, pp. 103-117.
- Halbwachs, Maurice: *La memoria colectiva*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza, 2004.
- Hansen, Hans Lauge/ Cruz Suárez, Juan Carlos: «Literatura y memoria cultural en España (2000-2010)», en: *idem* (eds.): *La memoria novelada. Hibridación de géneros y metaficción en la novela española sobre la guerra civil y el franquismo (2000-2010)*. Bern: Peter Lang, 2012, pp. 21-41.
- Huyssen, Andreas: «Medios, políticas y memoria», en: *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*. México: Fondo de Cultura Económica/ Goethe Institut, 2002, pp. 13-40.
- Garzón, Raquel: «Alberto Méndez recupera la posguerra en *Los girasoles ciegos*», *El País* (20-II-2004), http://elpais.com/diario/2004/02/20/cultura/1077231604_850215.html (consultado 3-VIII-2013).
- Mate Rupérez, Manuel Reyes: «Memoria y justicia», en: *Tratado de la injusticia*. Barcelona: Anthropos, 2011.
- *Medianoche en la historia. Comentarios a las tesis de Walter Benjamin 'Sobre el concepto de historia'*. Madrid: Trotta, 2006.
- Méndez, Alberto: *Los girasoles ciegos*. Madrid: Anagrama, 2005, 9ª ed.

- Molero, José Antonio: «Alberto Méndez gana, a título póstumo, el Premio Nacional de Narrativa 2005», *Gibraltar*, 35 (2005), <http://elistas.egrupos.net/lista/gibraltar/archivo/indice/141/msg/549/> (consultado 3-VIII-2013).
- Moliner, María: *Diccionario de uso del español*. Madrid: Gredos, 2004, vol II.
- Montiel Rayo, Francisca: «Cartas para la vida, cartas para la historia: Peticiones de ayuda para presos republicanos en las cárceles franquistas», en: Sobrequés, Jaume/ Molinero, Carme/ Sala, Merçé (eds.): *Congreso Internacional «Los campos de concentración y el mundo penitenciario en España durante la guerra civil y el franquismo»*. Barcelona: Editorial Crítica/ Museu d'Història de Catalunya, 2003, pp. 773-782.
- Moreno-Nuño, Carmen: *Las huellas de la guerra civil. Mito y trauma en la narrativa de la España democrática*. Madrid: Libertarias, 2006.
- Pérez Garzón, Juan Sisinio/ Manzano Moreno, Eduardo: *Debates científicos: memoria histórica*. Madrid, CSIC, 2010.
- Resina, Joan Ramon: «Short of Memory: The Reclamation of the Past since the Spanish Transition to Democracy», en: *Disremembering the Dictatorship: The Politics of Memory in the Spanish Transition to Democracy*. Amsterdam/ Atlanta: Rodopi, 2000, pp. 83-126.
- Rodríguez, Txani: «Entrevista a Alberto Méndez», *El Correo* (7-X-2004), p. 79.
- Ruiz-Vargas, José María: «Trauma y memoria de la Guerra Civil y de la dictadura franquista», *Hispania Nova*, 6 (2006), pp. 299-336.
- Solano, Francisco: «El rechazo al olvido». *El País* (28-II-2004), http://elpais.com/diario/2004/02/28/babelia/1077929420_850215.html (consultado 3-VIII-2013).
- Traverso, Enzo: «Historia y memoria. Notas sobre un debate», en: Franco, Marina/ Levín, Florencia (comps.): *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*. Buenos Aires, Paidós, 2007, pp. 67-96.
- Tuñón de Lara, Manuel (dir.): *Historia de España*. Barcelona: Labor, 1982-1992, vol. IX.